

MATERIAL COMPLEMENTARIO

A ti maestro:

Solo tú conoces a tus alumnos, su nivel cognitivo, intereses, aptitudes y necesidades. Por lo tanto, el material complementario que se aneja a continuación, se ofrece como una guía o alternativa pedagógica adicional, para que al momento de planificar tus clases, puedas enriquecer cada una de las unidades curriculares con textos variados y pertinentes al grado.

A continuación un desglose del material complementario:

- *Uno de mis sueños hecho realidad*
- *Un pintor puertorriqueño sobresaliente: su vida y proyecciones*
- *El pelotero del incogible número 3,000*
- *Paoli, el tenor de los reyes*
- *Niña bonita*

Texto: Páginas de ayer y de hoy
Editores: Angeles Pastor, Rosa Guzmán vda. de Capó, Kathleen B. Hester
Editorial: Laidlaw Brothers
Propiedad: Estado Libre Asociado de Puerto Rico/Departamento de Educación

Unidad: 3.1
Título: Soy Puerto Rico: autobiografías y narrativas personales

Selección: Uno de mis sueños hecho realidad
Autora: Mari Mer Olazagasti

Uno de mis sueños hecho realidad

Mi nombre es Mari Mer Olazagasti. Nací el 4 de septiembre del año 1958 en Santurce, Puerto Rico.

Desde muy temprana edad me interesaban los deportes: natación, volibol y baloncesto. Cuanto tuve 14 años sentí gran atracción por el deporte del tenis. Era tal mi entusiasmo y mi deseo de aprender a jugarlo que todas las noches soñaba que estaba en una cancha de tenis.

En el verano de 1972 me dije: “Queres es poder. Aprenderé a jugar tenis aunque sé que mi familia carece de los medios económicos para pagarme los gastos.” En aquel entonces había la creencia de que el tenis era un deporte para la gente rica.

Yo pensaba y pensaba... y me decía a mí misma: “No tengo dinero, pero me sobran la fe y la valentía para hacer de mi sueño una realidad.” Tanta era mi fe que un día sorprendí a mamá diciéndole: “Acompañame al Club de Tenis de Río Piedras que está en Baldrich.”

Mi madre, que siempre ha sido muy complaciente con todos sus hijos, abrió los ojos y me miró como asustada. Al poco rato me dijo: “Mari Mer, ¿has pensado bien lo que estás haciendo? Tú sabes que nuestra situación económica no nos permite incurrir en gastos fuera de los necesarios.”

-Lo sé muy bien, pero algo dentro de mí me dice que aprenderé a jugar tenis sin que ustedes tengan que incurrir en gastos que no puedan sufragar.

¡Que gran alegría! El corazón se me quería salir del pecho cuando mi buena mamá se decidió acompañarme. Durante el trayecto del viaje yo hablaba como un perico y le decía a mi mamá: “Nunca me arrepentiré de este sueño tan hermoso de querer aprender a jugar tenis.”

Luego pensaba: ¿Se sentirá mi familia complacida de que yo me haya decidido por este deporte? De nuevo me alentaba yo misma e interiormente me decía una vez y otra vez: “Nunca pierdas la fe ni la esperanza.”

Cuando llegamos al Club de Tenis de Baldrich, uno de los clubs públicos más conocidos en el Área Metropolitana, me sentí como Alicia en el país de las maravillas. Allí conocí al señor Luis Piñero, profesor y encargado del club. Parece que el señor Piñero leyó en mis ojos el deseo de aprender, y me dijo cariñosamente: “Una nueva discipula, que quiere llegar a ser una gran tenista, ¿verdad?”

Yo, algo sobrecogida, le dije que ese era mi deseo, pero que no contaba con los recursos necesarios para pagar las clases.

-No te preocupes jovencita, te daré las primeras diez lecciones gratis y ya veremos... También me regaló la primera raqueta de madera con cuerdas, pues él decía que sin instrumentos no se puede trabajar.

Después de darme las primeras clases me dijo que yo tenía gran habilidad, pero que para mejorar necesitaba práctica, mucha práctica diaria.

-Seguiré su consejo al pie de la letra, porque usted ha sido muy bueno conmigo y le viviré eternamente agradecida. Quiero que dentro de poco esté orgulloso de su discipula.

Ahora estaba convencida de que tenía una gran responsabilidad conmigo misma. Como estábamos en verano, practicaba cinco o seis horas diariamente. Cuando comenzaron las clases tenía doble responsabilidad: la práctica y mis estudios, en primer lugar. Cuando regresaba de la escuela, después de hacer mis asignaciones, me iba a practicar por dos o tres horas. ¡Gran sacrificio! Pero como desde muy niña aprendí que todo lo que se hace con amor nunca es una carga pesada, la ayuda de Dios hacía la carga liviana.

El señor Piñero siguió aconsejándome y buscándome gente con quién practicar para que pudiera seguir mejorando. Todo lo que necesitaba, en cuanto a raqueta, cuerdas, bolas o algo que me impidiera seguir practicando, él siempre me lo proporcionaba. Era como mi ángel guardián. A él y a todos los miembros del Club de Tenis de Río Piedras se debió que a mí, sin ser una niña adinerada, se me hiciera posible jugar tenis. Ese era el deporte que llenaba todas las aspiraciones e inquietudes de una niña que quería ganar fama en el maravilloso mundo de los deportes.

Al año siguiente tuve la oportunidad de jugar en los campeonatos juveniles de 16 años y quedé subcampeona de Puerto Rico en los sencillos. Toda mi familia y yo dimos gracias a Dios por haberme guiado por ese camino del deporte. En el año 1974 volví a quedar subcampeona en la categoría de 16 a 18 años y campeona de dobles de los 18 años junto a la gran jugadora Crissy González.

En los años del 1974-1976 participé en distintos campeonatos en Puerto Rico, Centroamérica, Sudamérica y en todas las islas del Caribe. Gracias a Dios siempre traté de poner en alto el nombre de mi país. En los eventos celebrados en los años mencionados, en unos fui campeona y en otras subcampeona. También fui invitada a México en el año 1975.

Considero que fue para mí un gran honor representar a mi querida Isla en una Competencia Internacional en la que participaban todos los países del Nuevo Mundo y en esta ocasión, como en todas las anteriores, traté de poner en alto el nombre de Puerto Rico.

Mis esfuerzos, mis largas horas de práctica y mi entrega casi total al tenis fueron premiados con una beca completa de tenis para proseguir estudios universitarios en Ohio State University de los Estados Unidos.

En esta nueva etapa de mi vida, hay una mezcla de alegrías y tristezas. La separación de mi querida familia, que echo tanto de menos, me hace sentir melancólica. A veces, desearía ser pájaro para volar y estar junto a los míos. Luego, recapacito y sé que tengo un deber que cumplir y otros grandes sueños por realizar.

En el mes de abril de 1977, jugué con el equipo de tenis de Ohio State University y obtuve el campeonato de sencillos y de dobles del Big Ten Intercollege Championship. Durante este mismo año, en el mes de mayo, obtuve el campeonato en sencillos del Mid West Intercollegiate Regional Championship. También salí campeona en el Intercollegiate del estado de Ohio.

Con frecuencia tengo que ausentarme de Ohio State University para venir a cumplir compromisos con mi país y con otros países. Cuando llego a mi terruño solo dispongo de muy pocas horas para estar con mis padres, hermanos y demás familiares. ¡Pero esas son las horas de incalculable valor para mí y los míos! Vernos, comunicarnos y sentir el calor hogareño, que me hace recordar la bellísima canción que aprendí en mis años de escuela elemental: ¡Hogar, dulce hogar!

En julio de 1977 participé en un torneo y de nuevo obtuve el título de subcampeona de Puerto Rico en sencillos y de campeona de dobles en la división de mujeres. En octubre del mismo año participé junto a Crissy González en la ronda de cualificación del Primer Torneo Mundial de Tenis Femenino celebrado en Puerto Rico, el Collegiate Borinquen Classic.

Crissy González y yo fuimos escogidas como parte del equipo olímpico de tenis que representará a Puerto Rico en los próximos Juegos Centroamericanos y del Caribe. ¡Que gran satisfacción ir a representar a nuestra Isla! Confío en que Dios nos ayudará para lograr poner en alto una vez más el nombre de Puerto Rico.

Queridos amigos, lectores de este libro, Páginas del ayer y de hoy, traten siempre de practicar el deporte de su preferencia y obtendrán las mismas satisfacciones que yo he tenido en mis años juveniles.



Texto:	Páginas de ayer y de hoy
Editores:	Angeles Pastor, Rosa Guzmán vda. de Capó, Kathleen B. Hester
Editorial:	Laidlaw Brothers
Propiedad:	Estado Libres Asociado de Puerto Rico/Departamento de Educación
Unidad:	3.1
Título:	Soy Puerto Rico: autobiografías y narrativas personales
Selección:	Un pintor puertorriqueño sobresaliente: su vida y proyecciones
Autores:	Evelyn Cruz y David Cruz López

Un pintor puertorriqueño sobresaliente: su vida y proyecciones

Se llamaba José de Rivafrecha y Jordán, pero adoptó el apellido Campeche. Nació en San Juan, el 23 de diciembre de 1751, en una casa situada en la esquina de las calles San Sebastián y Cruz. Era hijo de un esclavo libertado natural de Puerto Rico y de una española oriunda de las Islas Canarias. Tenía seis hermanos. Sus hermanos Ignacio y Miguel también fueron pintores.

Campeche fue el pintor más sobresaliente del siglo dieciocho en Puerto Rico. Se le considera el iniciador del arte de la pintura en Puerto Rico. Integra el arte pictórico de nuestra isla a la corriente artística universal de aquellos tiempos. En sus cuadros interpretó el sentimiento religioso de su pueblo. Además de cuadros religiosos, pintó retratos.

Cuando era niño aprendió el arte de la ebanistería y la decoración de muebles. Era además, tallista, decorador y músico. También le gustaba modelar figuras de barro. Desde pequeño dibujaba figuras con carbón en las aceras. Al iniciarse como pintor prefería pintar santos y hacer retratos de gente conocida. Se dice que él mismo preparaba sus pinturas a base de sustancias vegetales y minerales que el medio ambiente le proporcionaba.

A los veinticinco años tuvo su primer maestro de pintura. Fue don Luis Paret, pintor de Cámara del Príncipe don Luis Antonio de Borbón. De Luis Parte recibe lecciones y orientación artística. Por medio de él Campeche se relaciona con las escuelas de arte europeas. Es así como va madurando en el arte. Cambia su forma de dar color adquiriendo mayor dominio de la técnica y logra una gran destreza en la pintura sobre tablas pulidas.

Campeche es, además, un gran músico: toca órgano, oboe y flauta. Es maestro de armonía en la Catedral. Es un hombre que siempre está ocupado. Son muchos los encargos de diseño arquitectónico y de pintura que recibe de las autoridades locales y de la Isla, así como de personas particulares.

A nuestro gran pintor le gusta ir al campo a recrear su espíritu y su vista con las bellezas naturales. También asiste diariamente a la iglesia y disfruta las tertulias con sus amigos íntimos.

A pesar de que fue invitado por el Rey de España para ser su pintor de Cámara, Campeche no aceptó. Nunca quiso salir de la Isla. Desde que murieron sus padres quedó a cargo de la familia y los ayudó económicamente. José Campeche fue no solamente un buen pintor, sino también un gran ser humano.

Ciertamente Campeche fue el ayer de nuestra pintura: un ayer glorioso y prometedor. Aunque mucha de su obra está dispersa, hay suficientes obras en Puerto Rico al alcance del público que permiten obtener una idea bastante cabal de su pintura. En el Museo de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, pueden admirarse las siguientes obras suyas: *Las ánimas del Purgatorio*; *La amazona*; *Retrato de un caballero desconocido* y *La Virgen de Belén* (dos versiones del mismo cuadro). En el Museo de Ponce se exhiben también cuadros de José Campeche.

Cerrando el extremo sur de la Calle del Cristo, al borde de la muralla que está detrás de la antigua Cárcel de la Princesa, hay una pequeña joya arquitectónica que es orgullo de la ciudad de San Juan y de toda la isla de Puerto Rico. Es la Capilla del Cristo, cuya leyenda probablemente conoces. En una de las paredes de la capilla hay una hermosa pintura de Campeche, *La Crucifixión del Señor*. Es un cuadro conmovedor tanto por el realismo con que se representa el sufrimiento de Cristo como por la angustia y la dolorosa expresión de las mujeres que contemplan la triste escena.

Con el pasar del tiempo surgen muchos pintores en Puerto Rico. Veamos uno de cada siglo, a partir de Campeche. El más importante del Siglo XIX fue don *Francisco Oller*, autor del conocido cuadro *El Velorio*, en el que autor pinta con lujo de detalles un baquiné, o sea el velorio de un niño pequeño. Oller pintó también retratos. Uno de los más conocidos es el del escritor puertorriqueño Alejandro Tapia. El retrato es notable por la expresión caballerosa y digna del escritor y por la sobriedad en el uso del color.

En el Siglo XX el pintor más conocido es don Miguel Pou. También él pinta costumbres y tipos puertorriqueños. Tiene, además, hermosas pinturas del paisaje y la flora de la Isla. Son bellísimas sus pinturas de flamboyanes y robles en flor. Su cuadro *Camino del pueblo* presenta a un campesino que se dirige a vender guines, los cuales lleva sobre el lomo de su caballo. Otros de sus cuadros son *El pan de cada día*, *Muchacha campesina*, y *Desgranando maíz*. En ellos presenta a hombres y mujeres puertorriqueños que se ganan el pan con honradez y dignidad.



Tanto Oller como Pou merecen un estudio más extenso por el número y la calidad de sus pinturas. Sin embargo, nuestro propósito al escribir esta selección era que los niños conozcan mejor a nuestro primer gran pintor, José Campeche. No debemos creer, que estos tres fueron nuestros únicos buenos pintores. En el Siglo XX, especialmente, ha habido muchos buenos pintores que han cultivado distintos géneros de pintura.

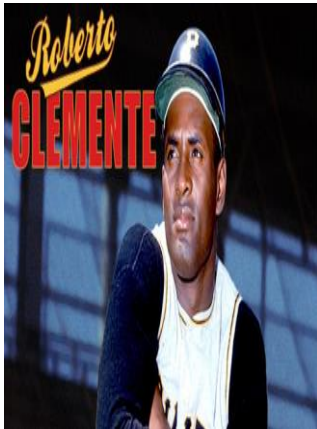
En nuestros días, el arte pictórico en Puerto Rico cuenta con muchos y excelentes cultivadores. Todos conocen y practican las últimas tendencias y técnicas de la pintura mundial y las adaptan a nuestra vida y a nuestro ambiente.

Texto: Misterios de la tierra y del espacio
Editores: Angeles Pastor, Rosa Guzmán vda. de Capó, Kathleen B. Hester, Elena Ayala
Editorial: Laidlaw Brothers
Propiedad: Estado Libre Asociado de Puerto Rico/Departamento de Educación

Unidad: 3.1
Título: Soy Puerto Rico: autobiografías y narrativas personales

Selección: El pelotero del incogible número 3,000

El pelotero del incogible número 3,000



En el Barrio San Antón de Carolina están reunidos los muchachos del vecindario. Uno de los hijos de la familia Clemente está organizando un equipo juvenil de peloteros. Tiene catorce años. Está en la escuela intermedia y ya se le conoce como magnifico atleta. Es Roberto Clemente.

Este muchacho ya ha sido corredor de distancias cortas e intermedias, lanzador de jabalina y saltador en eventos de salto a lo alto. Todos dicen que será un buen atleta en el futuro. Ya juega béisbol en un equipo de categoría superior. Sin pasar por el aprendizaje del béisbol de categoría A –dónde nunca jugó- saltó a jugar doble A con el equipo Juncos AA. Quiere organizar un equipo juvenil para que los muchachos de San Antón se diviertan durante sus horas libres.

-Jugaremos todos los días por las tardes en esta cancha, después de las clases- les decía Roberto.
-¡Bien! ¡Bien!- asintieron todos los muchachos. Hay que hacer algo. Este barrio está muy frío en el deporte.

Así era como Roberto Clemente se iba formando, no solo en un líder en el deporte sino en toda su comunidad. Era, además de buen atleta, un ser humilde, servicial y sencillo.

Roberto Clemente había nacido en Carolina el 18 de agosto de 1935. Era el hijo menor de la familia Clemente-Walker y el preferido por sus hermanos. Todos lo mimaban. Pero no por eso sus padres le perdonarían acciones que pudiesen torcer su carácter de buen muchacho. Don Melchor y doña Luis vigilaban el desarrollo físico y espiritual de Roberto.

Roberto asistió a las clases infantiles de la Iglesia Bautista de San Antón. Luego, pasó a la Escuela Elemental doctor Clemente Fernández, en el mismo barrio, para cursar su primer grado. Fue un estudiante aplicado, trabajador y responsable. Desde sus primeros años comenzó a demostrar que iba a convertirse en un atleta. Al terminar el sexto grado lo pasaron a la Escuela Intermedia Julio Vizcarrondo Coronado, en Carolina. En su pueblo también cursó la escuela secundaria.

Unidad 3.1

A los diecisiete años Clemente era un pelotero codiciado por muchos equipos y a los dieciocho ya era un jugador de Grandes Ligas.

Como todos los muchachos de su edad, también Roberto tuvo deseos de poseer una bicicleta y un guante de jugar pelota. Para no gravar con su antojo la economía del hogar de sus padres, un día le dijo a don Melchor:

-Papá, yo quiero tener una bicicleta y un guante de jugar pelota. Pero no me gustaría que me los proveyeras tú con tu dinero. ¡Me has dado tanto siempre! Voy a buscarme un empleo. Ya hablé con el lechero y desde mañana voy a repartir leche con él en su camión.

Don Melchor consintió en que su hijo se convirtiera en repartidor de leche. Fueron muchas las madrugadas que Roberto, bajo la lluvia, repartió los envases de leche, pero también ganó experiencia.

El gesto de consideración del hijo conmovió a don Melchor. Para recompensarlo, le compró la bicicleta y el guante. Así le permitió pasar por una experiencia de trabajo duro para que fuera conociendo el valor del dinero. Era una de las maneras de demostrarle a Roberto que el trabajo es honra por humilde que sea.

Este muchacho, amante de juegos y de pelotas, se convirtió en una de las figuras deportivas más grandes de nuestros tiempos. En el 1953, los Dodgers de Brooklyn lo descubrieron y pasó a formar parte del equipo del Montreal Royals, de la Liga Internacional.

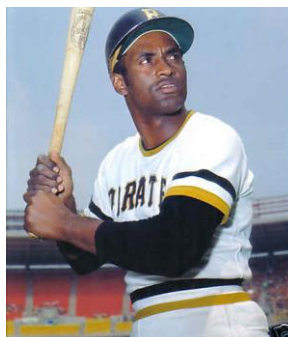
En el 1955 pasó a los Piratas de Pittsburgh. Así inició su carrera ascendente en el béisbol organizado. Clemente no jugó con ningún otro equipo en las Grandes Ligas. Empezó con el Pittsburgh y murió estando con él. Sus dieciocho años de pelotero los jugó siempre frente a la misma fanaticada.

Los niños y jóvenes que lo vieron jugar en el 1955, fueron los hombres que vieron conectar su incogible número 3,000 al finalizar la temporada de béisbol en 1972.

Roberto Clemente fue un hombre de vocación como pelotero, un genio de su profesión. Fue el jugador número 11 en la historia del béisbol profesional, en el mundo entero, en conectar ***el incogible número 3,000***. Para muchos ha sido el pelotero más distinguido del Caribe.

El avión en que Roberto Clemente viajaba desapareció con él y sus compañeros a las once y cuarenta minutos de la noche del 31 de diciembre de 1972. Clemente iba en misión de buena voluntad a llevar víveres a las víctimas del terremoto que sacudió a Managua, capital de Nicaragua, en ese año.

Roberto Clemente: Rey y Mártir.



Texto: Misterios de la tierra y del espacio
Editores: Angeles Pastor, Rosa Guzmán vda. de Capó, Kathleen B. Hester, Elena Ayala
Editorial: Laidlaw Brothers
Propiedad: Estado Libre Asociado de Puerto Rico/Departamento de Educación

Unidad: 3.1
Título: Soy Puerto Rico: autobiografías y narrativas personales

Selección: Paoli, el tenor de los reyes



Paoli, el tenor de los reyes

En los últimos años del siglo diecinueve Amalia Paoli, notable soprano puertorriqueña, triunfaba en España. Como frecuentaba los círculos aristocráticos madrileños, conoció a la Infanta Isabel, hija de la Reina María Cristina de España. Amalia era una cantante de éxito y deseaba ayudar a su hermano Antonio, quien empezaba a distinguirse también como cantante. Ambos fueron los hijos de don Domingo Paoli, natural de Córcega y de doña Amalia Marcado, de padres españoles.

Antonio Paoli nació en Ponce en 1872. Después que terminó la instrucción primaria, sus padres lo enviaron a España. Mediante una pensión asignada por la Reina, ingresó en el Monasterio del Escorial donde obtuvo su bachillerato. Intentó seguir una carrera militar, pero no le gustó.

Amalia, deseosa de que su hermano realizara sus sueños, consiguió que la Infanta Isabel lo oyera cantar. Esta quedó tan bien impresionada que solicitó de la Reina que le diera nuevamente una pensión a Paoli para proseguir estudios. La Reina, después de escuchar la voz extraordinaria de Antonio Paoli, lo recomendó a la *Scala de Milán*.

La primera presentación de Paoli en la Ópera de París fue en el papel de Guillermo Tell, de la obra de Rossini. Por algún tiempo, esa ópera no se había interpretado pues no habían encontrado un cantante capaz de hacerlo. El do de pecho de Paoli en aquella ocasión, llenó de fervoroso entusiasmo al público, que exclamaba: -“¡Gracias a Dios, ya tenemos un Guillermo Tell!”

Desde aquel momento los teatros de Europa y América se disputaron el privilegio de escuchar la voz del gran tenor puertorriqueño, Antonio Paoli. Lujosos carruajes, tirados por hermosos caballos lo aguardaban siempre a la salida de los teatros para conducirlo a palacios y fiestas.

Después de su triunfo sensacional en Londres, regresó a Ponce en 1900. Sus compueblanos lo recibieron con frialdad porque lo culpaban de hacerse pasar por español. Paoli explicó en la prensa que él jamás había negado su patria. Todo se debía a que los críticos lo consideraban español, porque su época de formación la había pasado en España.

El gran tenor comenzó después un viaje triunfal por las ciudades de Caracas, La Habana, Nueva York, Boston, Filadelfia. En todas cosechó grandes aplausos. Volvió a Europa y cantó en Venecia las famosas óperas de Verdi: *Otello* y *El Trovador*. Continuó su gira por Florencia, Varsovia, Moscú, San Petersburgo... El éxito lo acompañó a todas partes. El Zar Nicolás II y la Zarina de Rusia lo invitaron a su palacio en Moscú. El Zar lo condecoró con la Cruz de San Mauricio.

En honor del Emperador Francisco José representó en Viena la ópera *Lohengrín* en una función de gala. El teatro estaba totalmente lleno. Por todas partes se veían arrogantes militares con vistosos uniformes y bellas damas de la más alta nobleza.

Al levantarse el telón, apareció Paoli, representando a Lohengrín, en una nave tirada por un cisne. Su figura aristocrática y elegante estaba realzada por una reluciente armadura de caballero. Cantó maravillosamente y el público lo aplaudió con entusiasmo.

Contrario a lo acostumbrado en la etiqueta real, Su Majestad Imperial Francisco José se levantó para aplaudirlo. La Corte entera también se puso en pie... Paoli agradeció el homenaje con una solemne inclinación de cabeza.

Al día siguiente, el Emperador le envió el título de *Cantante de Cámara*. También el Kaiser Guillermo II de Alemania le concedió el mismo honor. Cantó luego en Nápoles y en Madrid, donde recibió el afecto y la admiración de la Infanta Isabel. España lo consideraba como un hijo de su tierra.

Volvió nuevamente a América y a su regreso a Europa, cantó en Bolonia, donde la crítica lo consideró el **mejor tenor del mundo**. En esta ciudad, interpretó con su hermana Amalia, la ópera *Lohengrín*. Su fama se confirmó cuando cantó en la Scala de Milán.



La Primera Guerra Mundial interrumpió los planes artísticos de Paoli en Europa y decidió regresar a América. Ya había acumulado una gran fortuna. Esta se le agotó muy pronto, desgraciadamente, debido a las exigencias de su vida artística y de su propio temperamento.

Regresó definitivamente a Puerto Rico y se dedicó con Amalia a la enseñanza del canto. Deseaba estimular a la juventud, en la que encontraba grandes posibilidades artísticas para el canto. Aseguraba que había en Puerto Rico muchos jóvenes con un gran talento musical.

El tenor de los reyes, Antonio Paoli, murió en agosto de 1946. En sus últimos años, el Gobierno de Puerto Rico le había concedido una modesta pensión en reconocimiento a sus méritos.

Unidad: 3.1
Título: Soy Puerto Rico: autobiografías y narrativas personales
Selección: Niña bonita
Autora: Ana María Machado (Brasileña)
Fuente: <https://jrubbprofesor.wordpress.com/lectura-en-voz-alta/>

Niña bonita



Había una vez una niña bonita, bien bonita. Tenía los ojos como dos aceitunas negras, lisas y muy brillantes. Su cabello era rizado y negro, muy negro, como hecho de finas hebras de la noche. Su piel era oscura y lustrosa, más suave que la piel de la pantera cuando juega en la lluvia.

A su mamá le encantaba peinarla y a veces le hacía unas trencitas todas adornadas con cintas de colores. Y la niña bonita terminaba pareciendo una princesa de las Tierras de África a un hada del Reino de la Luna.

Al lado de la casa de la niña bonita vivía un conejo blanco, de orejas color rosa, ojos muy rojos y hocico tembloroso. El conejo pensaba que la niña bonita era la persona más linda que había visto en toda su vida. Y decía: Cuando yo me case quiero tener una hija negrita y bonita, tan linda como ella...

Por eso un día fue a donde la niña y le preguntó: Niña bonita, ¿Cuál es tu secreto para ser tan negrita? La niña no sabía pero inventó: Aj, debe ser que de chiquita me cayó encima un frasco de tinta negra.

EL conejo fue a buscar un frasco de tinta negra. Se la echó encima y se puso negro y muy contento. Pero cayó un aguacero que le lavó toda la negrura y el conejo quedó blanco otra vez.

Entonces, regresó a donde la niña y le preguntó:

— Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía pero inventó: Ah, debe ser que de chiquita tomé mucho café negro.

El conejo fue a su casa. Tomó tanto café negro que perdió el sueño y pasó toda la noche haciendo pipi.

Pero no se puso nada negro.

Regreso entonces donde la niña y le preguntó otra vez:

— Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó: Ah, debe ser que de chiquita comí mucha uva negra. El conejo fue a buscar una cesta de uvas negras y comió, y comió hasta quedar atiborrado de uvas, tanto, que casi no podía moverse.

Le dolía la barriga y pasó toda la noche haciendo pupu.

Pero no se puso nada negro.

Cuando se mejoró, regreso donde la niña y le preguntó una vez más usual: Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita? La niña no sabía y ya iba a ponerse a inventar algo de unos frijoles negros, cuando su madre, que era una mulata linda y risueña, dijo: Ningún secreto. Encantos de una abuela negra que ella tenía. Ahí el conejo, que era bobito pero no tanto, se dio cuenta de que la madre debía estar diciendo la verdad, porque la gente se parece siempre a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos y hasta los parientes lejanos. Y si él quería tener una hija negrita y linda como la niña bonita, tenía que buscar una coneja negra para casarse.

No tuvo que buscar mucho. Muy pronto, encontró una coneja oscura como la noche que hallaba a ese conejo blanco muy simpático. Se enamoraron, se casaron y tuvieron un montón de hijos, porque cuando los conejos se ponen a tener hijos, no paran más.

Tuvieron conejitos para todos los gustos: blancos, bien blancos; medio grises; blancos manchados de negro; negros manchados de blanco; y hasta una conejita negra, bien negrita.

Y la niña bonita fue la madrina de la conejita negra.

Cuando la conejita salía a pasear siempre había alguien que le preguntaba: Coneja negrita, ¿cuál es tu secreto para ser tan bonita?

Y ella respondía — Ningún secreto. Encantos de mi madre que ahora son míos.

